

La cuestión del militarismo en la educación para la paz

J. Alfonso García Martínez y Juan Benito Martínez

Universidad de Murcia

1. Introducción

En un mundo como el nuestro, y en los momentos actuales, *la paz* continúa haciéndose necesaria no ya sólo para la supervivencia de gran parte de la población, que vive bajo la amenaza y muere bajo la realidad de la violencia y la guerra, sino también para que su existencia se desarrolle en condiciones de respeto a los Derechos Humanos que posibiliten su pleno desarrollo y su progreso individual y colectivo, y en coherencia con tales aspiraciones. Para que esta necesidad vaya logrando una presencia mayor y más sólida entre nosotros se requiere, en primer lugar, de la *participación* de todos, muy especialmente de los que más directamente padecen las consecuencias de la perpetuación de las situaciones de injusticia, violencia y de ausencia de paz y que, sin embargo, son quienes menos poder de decisión y de capacidad transformadora han podido realizar. Por ello, así mismo, se precisa de la consolidación de las nuevas expresiones y prácticas culturales, algunas de las cuales vemos emerger y constituirse con cierta frecuencia, aunque sin duda menor de la deseáramos, enraizadas en la *Cultura de la Paz*. Una Cultura para la Paz que proponemos como contexto y requisito fundamental para la consolidación de los esfuerzos en pro de la paz y, al mismo tiempo, como una meta fundamental en el camino hacia la paz.

Frente a esta Cultura de la Paz se encuentra la que denominamos como

Cultura de la Violencia, caracterizada por aquellos elementos opuestos a los que dan contenido a la Cultura de la Paz, es decir, los contenidos contrarios a los representados por la paz, la justicia, la no violencia, la democracia y la participación, la igualdad, la fraternidad, etc.

Desde esta perspectiva de la Cultura para la Paz, debemos estar muy atentos a la evolución y la expresión de cuantos elementos, instituciones e iniciativas se están desarrollando dentro de la Cultura de Violencia y que no sólo obstaculizan el progreso de aquellas y de las personas, en definitiva, sino que están impidiendo o pretenden impedir la consecución de mayores logros por parte de la Educación para la Paz como posibilidad educativa de favorecer la Cultura de la Paz.

En este contraste, *el militarismo*, elemento coadyuvante de la Cultura de la Violencia, se presenta como un factor determinante de impregnación y socialización de las personas en la misma, ya que comparte con ésta sus posiciones ideológicas y estratégicas fundamentales. Militarismo, y antimilitarismo, son entendidos aquí en su más amplia extensión conceptual, o sea, no tanto en relación a una de sus expresiones más conocidas: el Servicio Militar, en el caso español, Obligatorio (S.M.O.) sino al conjunto de las manifestaciones que encuentran cobijo en él y que constituyen la base ideológica que sustenta, así mismo, las prácticas de la Cultura de Violencia. Por

tanto, el militarismo puede ser comprendido como un componente esencial de esta cultura y, consecuentemente, opuesto a la Cultura para la Paz.

Para aproximarnos a la incidencia de estos procesos sociales en la construcción de ambos modelos culturales, nos vamos a valer de la información obtenida de la revisión bibliográfica realizada sobre su presencia en los ámbitos juveniles. De este modo, pensamos, podemos estar en condiciones de abordar las posibilidades y las responsabilidades de la Educación para la Paz, tomando en consideración aquellas posiciones contrarias, o partidarias en su caso, de cuanto constituye las finalidades de la Educación para la Paz. Y así lo creemos debido a la valoración que hacemos de que sólo desde una perspectiva crítica de la Educación para la Paz es posible no sólo detectar sino abordar y analizar con rigor los elementos intervinientes e interactuantes en nuestro entorno, *contextualizadamente*, y las contradicciones y confrontaciones de *intereses* existentes en el mismo. Una posición tal que exige, como parte esencial de su fundamentación, la *colaboración y la participación* de todos, ya que sólo desde el concurso activo de las personas, y muy especialmente de quienes sufren las consecuencia del militarismo y, por tanto, de la Cultura de la Violencia es posible una verdadera, duradera y coherente transformación hacia la Cultura de la Paz y, en suma, el establecimiento de la paz.

En definitiva, todo ello nos permitirá individualizar y orientar estrategias de intervención educativa, dado que la Cultura de la Paz se puede y se debe construir sobre las actitudes tanto en favor de la paz como en las actitudes de resistencia a la violencia y a la guerra (MION, 1986), lo

que resulta, esperamos, muy clarificador para la Educación para la Paz, forzando el cambio y con él la creación de una Cultura de la Paz, que ha de tratar de acercar los valores que predica con los hechos que practica (FISAS, 1990). Y aunque por sí sola no pueda lograrlo, sí puede "fomentar la capacidad de acción en pro de la paz y de la justicia" (GRASA, 1990:100), en un contexto de desarrollo personal y emancipador. De ahí, también, que la Educación para la Paz deba ayudar a situarse ante la realidad para actuar consecuentemente (JARES, 1992) con sus propios pilares de sustentación teórica y ética.

2. El militarismo y el antimilitarismo

En esta progresión temática que nos hemos marcado hasta concluir en la potencialidad de la Educación para la Paz y su contribución a la consolidación de una Cultura de la Paz, hemos de detenernos necesariamente a reflexionar sobre los contenidos de la violencia y del militarismo.

El *militarismo*, entendido como la *impregnación* de los valores militares en el conjunto de la sociedad y en las instituciones y organizaciones que regulan las relaciones interpersonales y grupales, ha venido siendo percibido como un factor que, al igual que la violencia, impide el desarrollo personal y colectivo en un medio social que necesariamente debe ser libre, democrático, justo y pacífico. Es entendido como elemento socializador, con intenciones controladoras y homogeneizadoras que contagia violencia y valores asociados a la violencia y la guerra. Es decir, se trataría de una propuesta que choca frontalmente con los

valores que se consideran en alza y que subyacen a la aparición de los movimientos y manifestaciones, de iniciativas educativas en favor de la paz. La institución militar, que ha venido siendo eje y pilar de los sistemas políticos, aún de los denominados democráticos, supondría la negación práctica de todo de resolver las diferencias y los conflictos por vías pacíficas.

Frente a ello, especialmente en los últimos años, se ha ido transmitiendo la imagen de una juventud impregnada de un carácter antimilitarista que, aunque apoyada por los medios de comunicación, responde a una realidad que irrumpía con fuerza y que parecía poder conmovir las bases de un Estado sólido y amparado en un Ejército al que cada vez se veía con mayor recelo y desconfianza y que se servía, entre otros instrumentos para *socializar* desde sus parámetros axiológicos, del servicio militar obligatorio. Un instrumento socializador igualmente rechazado por una parte importante de jóvenes, si bien no todos ellos convertían su actitud en acción personal o social.

Sin embargo, se hace preciso acotar el término militarismo para una mejor comprensión de las reacciones en pro y en contra que se producen a su intención. Un marco conceptual convincente nos lo ofrece GONZALEZ BLASCO al establecer cinco acepciones del militarismo:

1. "una política exterior agresiva, militante, que implica utilizar la guerra como medio de esa política",
2. "la preponderancia de lo militar y de los militares en el Estado, en sus órganos, instituciones y funcionamiento",
3. "cuando lo militar controla la vida de la sociedad y se supeditan las necesidades sociales a los intereses y necesi-

dades militares. En este caso, más que de "militarismo", algunos hablan de 'militarización' de la sociedad".

Esta definición clásica del militarismo como influencia de lo militar y del ejército en la sociedad ha atraído a autores, entre los que podríamos incluir a FISAS ARMENGOL, al definir el militarismo como lo que excede de lo propiamente militar, es decir, como "la tendencia de los aparatos militares de una nación (fuerzas armadas, fuerzas paramilitares, burocráticas y servicios secretos) en asumir un control siempre creciente *sobre la vida y el comportamiento de sus ciudadanos*, sea por medios militares (preparación de la guerra, adquisición de armamento, desarrollo de la industria militar) o por los valores militares (centralización de la autoridad, jerarquización, disciplina y conformismo, combatividad y xenofobia) tendiente a dominar cada vez más la cultura, la educación, los medios de comunicación, la religión, la política y la economía nacional, a expensas de la institución civil" (1982:20-23). Una *ampliación semántica* que alude incluso, en criterio de SAVATER, a un ámbito internacional al imponer "sus exigencias sobre cualquier otras en los más poderosos estados de la tierra" (1984:122).

4. "Una ideología que mantiene y propaga los valores propios de lo militar" y
5. "un conjunto de algunos de los factores expuestos en las concepciones anteriores".

Este parece ser el caso de RADWAY (1980), que lo define como la doctrina o sistema que valora positivamente la guerra y atribuye a las fuerzas armadas la primacía en el Estado y sociedad. Desde esta posición, exalta la utilización de la violencia y la organización militar a la

vez que implica una orientación política y una relación de poder. No obstante, a pesar de la confusión existente, o precisamente por ello, conviene distinguir, entre el *sistema militar de dominación* y sus desviaciones y excesos (*militarismo*) de su extensión global del discurso militarista en la organización social (*militarización*) (FISAS ARMENGOL, 1982).

Con todo, podría concluirse que el militarismo está muy extendido y adopta muchas formas organizativas y de *influencia* sobre quienes toman las decisiones que hacen modificar las situaciones estructurales como sobre los ciudadanos de a pie. Entre quienes mejor han definido el militarismo desde esta óptica más global se encuentra AJANGIZ (1991:117-118) para quien el militarismo aparece como un “fenómeno diverso”, esto es, complejo y de difícil concreción:

“Un fenómeno que no se puede circunscribir a la influencia unidireccional de los aparatos militares sobre la sociedad, en primer lugar porque ésta no está nítidamente separada de aquellos. Al contrario, lo militar, y el ejército como expresión institucional del monopolio de la violencia, está dentro de la dinámica social en múltiples aspectos que aquí trataremos de analizar.

Ciertamente, el ejército tiene un papel político como elemento disuasorio y de control de las luchas sociales, y como garante de la territorialidad y características fundamentales del Estado. Pero, por otra parte, la economía de la guerra, el desarrollo tecnológico o el comercio de armas son algunos aspectos que demuestran cómo los modelos de desarrollo de las sociedades occidentales se hayan impregnados por lo militar. E igualmente,

con los reajustes que veremos, el militarismo como fenómeno ideológico traspasa las pretensiones ‘educativas’ del servicio militar para hacer presente al ejército en la vida social, como referente fundamental de determinados valores sociales o como institución sagrada que todos los buenos ciudadanos deben aceptar.

Por eso hablamos más de militarismo que de ejército, y en todo caso hablamos de éste en el contexto de aquel. El militarismo *es pues un fenómeno social*, presente en los modos de organización y relaciones económicas, políticas e ideológicas, y no sólo una institución que ejerce un papel más o menos relevante en la sociedad. Un fenómeno que impregna y no sólo una institución que influencia”.

Este fenómeno social, presente en los más diversos modos de organización y relación sociales, ha necesitado protagonizar funciones políticas, económicas e ideológicas que le consoliden en su privilegiado estatus, aunque se está comprobando una reacción opuesta al *aprendizaje* militarista y sus valores, sin que de momento estemos en condiciones de precisar las dimensiones de su alcance.

Unos valores, unas prácticas y unas convicciones que encierran “un modo de estructuración social basado en la jerarquía, la fuerza y la apología de la violencia” (PEDRAJA y CASELLES, 1990:86) que se plasman básicamente en prácticas sociales tales como el “autoritarismo, verticalidad decisoria, sumisión, exaltación de la violencia, desprecio a la ‘debilidad’, machismo, etc.” (AJANGIZ, 1991:128) sirviendo, así, para robustecer la reproducción social y con ella las estructuras materiales e ideológicas que la amparan.

El Ejército ha sido uno de los garantes del militarismo. Como institución, el Ejército representa el papel de *agente material*, no sólo en la consolidación social del militarismo, sino también en el mantenimiento de las estructuras sociales básicas a las que el militarismo proporciona cohesión (AJANGIZ, 1991). Pero no es el único agente que ha incidido en la mentalidad social consiguiendo que ésta interiorice el militarismo, desligándolo del Ejército.

Así, las FF.AA. se encuentran entre las instituciones que más han descendido en el grado de confianza -o aumentado en desconfianza- por parte del sector juvenil. A tal efecto, son numerosos los estudios sobre juventud que destacan esta amplia tendencia a mostrar desconfianza en las Fuerzas Armadas (FF.AA.), tanto en el Estado (ECOCONSULTING, 1991) como en los otros ámbitos territoriales. Este deterioro en el nivel de *confianza* sufrido por las Fuerzas Armadas en el conjunto de las instituciones ya se hizo patente en el "Informe sobre la Juventud Española 1960/82" (BELTRAN y Otros, 1984), con un índice ya bajo de un 39%, y no ha dejado de confirmarse hasta el presente, como lo confirman estudios más recientes como el de GONZALEZ BLASCO (1989). Entre los segundos, estos datos obtenidos sobre el conjunto del territorio nacional están en sintonía con los aportados por otros estudios de territorios autonómicos y municipales (JUNTA DE ANDALUCÍA, 1988; PRINCIPADO DE ASTURIAS, 1988; EDIS, 1985). A tal efecto, serán las tendencias políticas las que en mayor medida discriminan la actitud antimilitarista, junto con las religiosas. Son los jóvenes con ten-

dencias más *rupturistas*, en palabras de AJANGIZ, y de *izquierda* y *extrema izquierda*, en las de GONZALEZ BLASCO, los que presentan un mayor grado de desconfianza en las Fuerzas Armadas, ascendiendo al desplazarse hacia posiciones políticas de *derechas* o *reformistas*. Atendiendo a otras variables, se puede destacar la disminución de confianza en el Ejército a medida que aumenta la edad y el nivel de estudios, hasta alcanzar un total de 93'1% en el caso de los universitarios.

Sea por motivaciones políticas o religiosas o "debido al pasado histórico de las mismas (Fuerzas Armadas), que en los últimos dos siglos no cumplieron el papel por el que dicen existir" (RIUS SANT, 1992:72), lo cierto es que existe entre los jóvenes una desconfianza generalizada en aquellas y en el Ejército, al que califican de innecesario, inconveniente, indeseable y otras que, en algunas ocasiones y grupos, conducen a los jóvenes a propugnar alternativas como la que demanda la *desmilitarización* del Estado y la desaparición de las Fuerzas Armadas.

En un trabajo sociológico sobre la imagen de las Fuerzas Armadas, realizado por el coronel y sociólogo Carlos Gil Muñoz preguntando a personas mayores de 18 años, se encontró que la mayoría de los encuestados afirma que *los militares influyen* en los gobiernos al mismo nivel que la Iglesia. Recogiendo algunos datos, encontramos que "el 24'5 por 100 cree que en los próximos años disminuirá la influencia de las Fuerzas Armadas sobre el poder político, mientras que para el 40 por 100 se mantendrá o aumentará" (FERNANDEZ DEL VADO, 1990:11). Intentando penetrar en estas actitudes y

opiniones de la juventud hacia el Ejército y el militarismo en la sociedad, se aprecia, *por un lado*, por parte de aquella una "contraposición entre los valores que encarna el Ejército y los valores propios de una sociedad democrática. El 78'6% considera que los valores que existen en el Ejército son lo más contrario que hay a las libertades democráticas" (AJANGIZ, 1991:238); lo que, *por otro lado*, les hace ser escépticos sobre la posibilidad de *permeabilizar* al Ejército de las formas democráticas; *de otro*, está la postura casi unánime (94'3%) de la juventud vasca al considerar que han de reducirse los presupuestos militares y aumentarse los gastos sociales. *Por último*, sobre el poder de control democrático sobre el Ejército, el 86'1% de la juventud vasca opina que éste es un verdadero poder fáctico, de muy difícil control social. En cuanto a la legitimación y justificación de la necesidad del Ejército, la juventud vasca, en un 77'6%, opina que no sirve para defender la paz sino para ponerla en peligro (AJANGIZ, 1991).

Dentro de esta corriente de *oposición al militarismo y al Ejército* se sitúa la percepción negativa presente en una parte importante de la juventud española sobre el servicio militar obligatorio. Resulta fácil encontrar testimonios escritos y personales que han mostrado sus discrepancias hacia este "servicio". De entre los primeros, y como muestra de lo afirmado, podemos traer la conocida y contundente alocución de Albert EINSTEIN, de 1930: "me gustaría que Vds. piensaran en el hecho de que bajo nuestro actual sistema de servicio militar todo individuo es obligado a cometer un crimen -el crimen de matar en nombre de su país. El propósito de todos los pacifistas debe ser

el de convencer a los demás de la inmoralidad de la guerra y desembarazar al mundo de la *vergonzosa esclavitud del servicio militar*" (EINSTEIN, 1986:49-50).

Esta actitud ante el *servicio militar obligatorio* no implica, necesariamente, una traslación idéntica con respecto al militarismo. Este enfrentamiento significa automáticamente, "que la sociedad sea antimilitarista, sino que no se siente vinculada a los valores y medios de la institución castrense. Esto puede ser justo o injusto, se puede rechazar o aceptar, pero lo evidente es que socialmente ya no se acepta este servicio militar, ni se considera útil su cumplimiento" (RIUS SANT, 1992:76).

Así, hay quienes entienden que el servicio militar obligatorio responde a unas intenciones profundas, amplias y a veces escondidas a la población, que requieren la labor de *educar y controlar* a la sociedad civil, además de a la militar, a través de la intervención ideológica, axiológica y normativa en un sector juvenil que se ubica en los momentos de ser *llamados a filas* en unas circunstancias decisivas para su biografía y para la del colectivo social.

Esa es la opinión de AJANGIZ (1991) quien define al servicio militar como "*forma de control de la juventud*", o bien de este otro modo, "ante todo, lo que cumple es *una función pedagógica*". En la edad en que los jóvenes deben tomar decisiones claves para sus vidas, entonces

"se le separa de su contexto familiar y cultural, para verse sometido a un régimen de sistemático *autoritarismo y anulación de su personalidad*. Las órdenes constantes, la disciplina y la arbitrarie-

dad, el castigo omnipresente, intentan hacer de él un militar acostumbrado a *obedecer y a callar* y, si llega el caso, a comportarse de igual forma con sus 'inferiores'.

El ejército basado en la conscripción extiende concreta y radicalmente el proceso de disciplina, configurando y *clasificando* a cada ciudadano masculino como parte funcional de la maquinaria militar. La *uniformización* de conductas y estilos busca la desaparición de cualquier área potencial de conflicto" (34).

En parecidos términos se expresaban los participantes en las *Jornadas de juventud y municipio. Encuentros de Concejales y Técnicos de Juventud* (1988) al insistir en la ruptura que sufren los jóvenes con su historia anterior, vista como un triple *extrañamiento*: el de los jóvenes, la sociedad y el ayuntamiento (VIÑUALES, 1988). Para algunos, incluso, la mili supone más que eso, es el sometimiento durante más de un año a una organización militar, a "un Ejército en el que se prepara a los jóvenes para utilizarlos como carne de cañón en una futura guerra, o como punta de lanza para acallar cualquier brote de rebeldía popular que amenace con echar abajo el tinglado burgués" (PEREDA, 1984:5-6). Desde este modo de entender el servicio militar obligatorio, éste no sería más que el punto final de toda una *cadena -familia-escuela-ejército-* destinada a que el joven acepte las reglas de esta sociedad, con lo que el interés por el servicio militar lo trascendería por su incidencia social.

De entrada, parece confirmarse una opinión negativa acerca de la *influencia* de *lamili* sobre los propios jóvenes (ARRIBAS y GONZALEZ, 1987). En igual

sentido puede interpretarse el texto de ALVIRA MARTINEZ, que toma como fuente la Encuesta Omnibus a Jóvenes (1985), -también recogida por CARNES I AYATS (1987)- al exponer que el Servicio Militar tiene "un efecto negativo sobre la formación profesional, sobre la educación cívica, sobre el desarrollo cultural y sobre la formación humana; siempre, claro está, en opinión de los jóvenes" (21).

Pero deteniéndonos ahora en los *valores que fomenta la mili*, según los datos ofrecidos sobre la juventud vasca por AJANGIZ (1991), la percepción que los jóvenes tienen sobre los "valores asociados a la mili" es muy *distinta a la que propugnan los responsables civiles y militares de la misma*. Para los jóvenes los *valores que favorece* son, con un 82'7% el escaqueo, seguido de la *violencia* (81'9%), la soledad (79'0%), el machismo (70'1%), el autoritarismo (69'3%), la jerarquización (67'1%), etc., mientras que en el sentido opuesto, es decir, lo que *no fomenta*, se encuentra, la fe religiosa (93'8%), la *democracia* (88'9%), la lealtad (83'1%), el patriotismo (77'8%), la iniciativa (73'6%) etc.

Lo que se presta a una doble interpretación a priori: que esos son, efectivamente, los valores predominantes en el servicio militar, fácilmente perceptibles para la juventud, o bien que la juventud no ha sido capaz de intuir e interiorizar aquellos otros valores implícitos en el servicio militar, que responden a sus últimas intenciones y que coincidirían más con aquellos valores que han sido más valorados en la categoría de "no fomenta". O, acaso, cabría una tercera explicación relativa a la incapacidad e incompetencia militar para *imbuir* a los jóvenes actuales

de aquellos criterios y valores que la han sido caracterizado históricamente.

De todos ellos nos interesan muy especialmente la *democracia* y la *violencia*, por incidir especialmente en la percepción de esa Cultura de la Paz. La *democracia* no está potenciada ni recogida por el servicio militar obligatorio según una mayoría de los jóvenes, en mayor medida los del grupo de mayor edad y de estudios. Ello puede interpretarse básicamente por el conocimiento que tienen sobre el funcionamiento interno del servicio militar, de su autoritarismo y de las relaciones no acordes con los principios considerados como democráticos por parte de la juventud. Un tema sobre el que volveremos al tratar el antimilitarismo, ya que la *mili* y el Ejército son considerados como lo más contrario a la democracia y a la capacidad de democratizarse. La *violencia*, entendida en esta ocasión como utilización de la fuerza y las armas para la consecución de objetivos, así como la interiorización de la agresividad por los ciudadanos convertidos en soldados durante su paso por filas, es percibida en correspondencia directa con el servicio militar por un 81'9%, incluyendo tanto a los reformistas como a los rupturistas.

Debemos precisar, antes de continuar, que es preciso distinguir entre el rechazo de los jóvenes al servicio militar obligatorio por cuanto supone de *cooperación* a la extensión del *militarismo* de aquel que expresa el rechazo a las *condiciones actuales* del servicio militar. Por consiguiente, parece establecido que "la oposición al servicio militar obligatorio ya no es una aptitud exclusiva de una *minoría* de objetores o de insumisos" (MARTIN SERRANO, 1993:228), sino de la que realizan un mayor número de

jóvenes posicionados unos frente al servicio militar obligatorio, y otros contra el militarismo como extensión de los valores militares. Y, simultáneamente, sin perjuicio de tales posturas, existe un claro consenso en el *rechazo generalizado a la incorporación de la mujer al Ejército*, tanto entre la juventud en general como de modo específico y con mayor contundencia entre las mujeres jóvenes.

Una de las explicaciones más divulgadas responde a la consideración, ya expuesta, de que los valores militares *redimen* los *decadentes* valores practicados e interiorizados por la juventud, lo que lleva a entender la existencia de un foso profundo que separa ambos mundos: el militar y el juvenil (LAGUNA SANQUIRICO, 1987). En este punto coinciden distintos autores, al entender que en el rechazo al servicio militar "la causa esencial es el alejamiento del sistema de valores de jóvenes y militares, el alejamiento del mundo de lo militar del mundo de lo civil" (ALVIRA, 1987:20).

Especialmente significativos son los argumentos que, en parte, como consecuencia de esta situación que acabamos de exponer, toman como eje la *incapacidad* de aquellos jóvenes que no *pueden* afrontar con naturalidad el paso por el servicio militar obligatorio. Es decir, el intento explicativo de que esta confrontación se debe a problemas sociales, problemas de algunos individuos en particular y, en ningún caso, problemas que puedan imputársele al Ejército o al servicio militar obligatorio. Casi *paradigmática* es, en este sentido, la *motivación* expuesta por el Vicepresidente del Consejo de la Juventud de España al mostrar su interés en que "hay que dejar constancia de que muchos de los proble-

mas con que se encuentran las fuerzas armadas, suicidios, drogadicción, problemas de soledad, frustraciones..., *no son generados específicamente por las propias fuerzas armadas, son dramas heredados de la sociedad*" (CARNES I AYATS, 1987:47).

El teniente médico JAUREGUI LOBERA y otros (1987) lo explicitaban hasta el detalle al intentar hacer una valoración del riesgo de iniciación a las drogodependencias en el seno de las Fuerzas Armadas. Para estos autores la premisa de estos elementos perturbadores en las FF.AA. "*son síntomas de inadaptación en hombres tal vez psicológicamente predispuestos por diversos motivos*" (104). O como lo expresa otro autor, la razón se sitúa en "el paso de la vida civil a la militar supone unos *cambios psicológicos en la personalidad* del joven mucho mayores de lo que se pueda imaginar. El solo enfrentamiento a la autoridad militar, tiene muy poca semejanza con la forma de relacionarse del adolescente en la vida civil" (MORALES RODRIGUEZ, 1990:52). En consecuencia, el problema generado en los jóvenes ante el hecho de tener que cumplir su servicio militar obligatorio es de los individuos, de algunos individuos con impedimentos para la vida militar, la Psicología es la encargada de procurar los procesos que les ayuden a *integrarse* a la vida militar.

Sin embargo, parece existir un acuerdo mayoritario sobre el rechazo y la necesidad de abolir el servicio militar y "cómo éste se asocia a opciones y valores contrarios a los de la sociedad democrática, lo que hace que esta prestación obligatoria esté socialmente deslegitimada" (AJANGIZ, 1991:182-183). Así, nos encontramos con que la *oposición al servi-*

cio militar obligatorio ya es una aptitud generalizada entre la juventud, por lo que no puede aludirse, en exclusiva, a la producida tan sólo por los objetores o de insumisos. Estos, adquieren, a su vez, identidad propia, no ya desde la confrontación respecto del servicio militar, sino como alternativa que hace sus aportaciones a la sociedad desde una posición distinta al militarismo.

A pesar de ser muchos y continuados los intentos de *desprestigio* de esta opción de negarse al cumplimiento obligado del servicio militar, también van siendo numerosos los que están *prestigiándolo*, presentando a los jóvenes que optan por esta alternativa "no por *vileza* o por *comodidad*, sino porque encuentran serios *motivos* para oponerse a cualquier modalidad de violencia, en el firme convencimiento de que para construir un mundo nuevo y distinto es preciso *cambiar la mentalidad tradicional*, es necesario acabar con el viejo aforismo *si vis pacem, para bellum*, y sustituirlo por el principio *si vis pacem, para pacem*" (VENDITTI, 1990:14).

Pero, una transformación de la mente de la humanidad de tal calibre requiere tanto de una postura de *colaboración* como otra de *no colaboración*. Desde la primera se entiende que la objeción de conciencia al servicio militar no es solamente "un instrumento que permite respetar las motivaciones individuales del ciudadano; ella supone también el medio de liberar las energías para actividades particularmente útiles a las comunidades nacionales e internacionales" (RODOTA, 1993:111). Desde la segunda se propugna el desarrollo de "una crítica global al modelo de sociedad y en especial, en la denuncia y en el rechazo y la *no coopera-*

ción con todo el sistema militar” (CASELLES PEREZ, 1988:134).

En realidad, nos encontramos con dos tipos de énfasis que son particularmente complementarias; si entendemos que la superación del militarismo y sus valores contrarios a la justicia y la paz requieren del hostigamiento ideológico y no de la colaboración con el mismo así como la construcción participativa de un mundo más pacífico. O lo que es lo mismo, la decisión juvenil, esencialmente en favor de la objeción de conciencia al servicio militar, no debe suponer -ni entenderse, como frecuentemente sucede- una renuncia a compromisos constructivos en la sociedad, dirigidos a potenciar el pacifismo y la paz.

Por otra parte, si bien el intento de desprestigio de la objeción de conciencia se ha visto amparado por la *criminalización y penalización*, la acción de desobediencia a la incorporación al servicio militar sólo pueden tener lugar si el entorno social la acepta o la favorece. El colchón social de parte de la sociedad y el apoyo político ha posibilitado a la objeción, y a las formas de desobediencia o no colaboración con la estructura militar, alcanzar algunos de sus objetivos y extensión, ha sido “sin duda la mejor defensa a su desobediencia. De hecho la objeción es ya la actitud común en la mayoría de jóvenes vinculados al mundo asociativo” (RIUS SANT, 1992:76).

En el caso de las situaciones de *respaldo popular* es preciso entresacar, de entre sus múltiples motivos, los referidos a la consideración de que en esta actitud de *objeción* se aprecia una reacción consecuente con una actitud audaz y desmilitarizadora. Dicho de otro modo,

la objeción de conciencia o insumisión, términos equivalentes para muchos, es apreciada por los jóvenes como una actitud positiva y valiente frente al militarismo. Los objetores de conciencia son aceptados y apoyados precisamente porque son capaces de pasar a la acción.

Siguiendo el esquema de progresiva coherencia dentro del antimilitarismo, *la insumisión* se establece como la última o más radical etapa de la desobediencia. La insumisión ha sido presentada y explicada como la negativa a colaborar con el militarismo en toda su extensión. Se opone tanto a la obligatoriedad de realizar un servicio militar obligatorio como a una prestación social sustitutoria, por entender que, el cumplimiento con algunas de estas modalidades implica la colaboración para mantener el ‘status quo’ de la injusticia del gasto militar y del mantenimiento de un ejército, con todos sus efectos sociales.

La objeción de conciencia al servicio militar y la insumisión son las formas más visibles de este rechazo al militarismo y “a la incoherencia”, como escribe FISAS (1992), pero no las únicas. El criterio de este autor es que no son ni las manifestaciones de rechazo con miras más amplias, quedando un campo de actuación muy extenso que ha de ser cubierto por otro tipo de grupos y movimientos, desde los dedicados a la *educación para la paz* a los centrados en la *investigación para la paz* o el desarrollo de formas de convivencia menos violentas. “*Ser objetor o insumiso, por tanto, no presupone necesariamente ser pacifista o no violento, como tampoco lo contrario*” (8).

En este sentido, en España contrasta el elevado número de objetores con el

escaso número de centros de investigación para la paz, el desarme y los conflictos y de publicaciones sobre estos temas. De todos modos, y para finalizar, el problema generado por el antimilitarismo, sea cual sea su expresión, está aún pendiente de una resolución. Para unos el problema son los objetores y los insumisos que se oponen críticamente a la *normativa*, para otros en la incapacidad de los gobernantes por no hallar una solución que satisfaga la aspiración de la mayoría de la juventud -y de la sociedad- que no es otra que la lograr una Cultura para la Paz donde se vaya viviendo y consolidando la paz y en paz y justicia. Y es que, en definitiva, lo que desde esta óptica se plantea es la necesidad de otro tipo de "ejércitos":

"ejércitos, pero de gente sensata, cooperadora y con espíritu de paz. Y en este propósito de construir una nueva seguridad global basada en principios no armamentistas, es bien seguro que los actuales objetores e insumisos, chivos expiatorios de la incompetencia de otros, participarían en él con el mismo entusiasmo con que ahora rechazan el viejo y caduco planteamiento de la fuerza armada" (FISAS, 1992:8).

Ante esta polarización -completamente lógica, por otra parte-, el *antimilitarismo* ha sido presentado de distintos modos según el posicionamiento ideológico de quienes lo justifica. Pero la realidad que se muestra a través de los estudios que hemos analizado incide en que el rechazo a la *mili* y al militarismo no se queda en el servicio militar o la objeción de conciencia, ni tan siquiera en los jóvenes insumisos, sino que la juventud también está configurando toda una *visión antimilitarista de la organización social*,

cuya consecuencia más directa es la desvalorización de todo lo militar. Se trata de la comprensión del antimilitarismo como *ideología* y sobre todo como *actitud* de compromiso ante el cambio social. Su voluntad de negativa a realizar *lamili* y de acogerse a la objeción de conciencia, puede traducirse en el sentido de que son comprendidas como portadoras de un buen potencial desmilitarizador.

El antimilitarismo *niega todo lo que representa el militarismo* que hemos descrito anteriormente. El antimilitarismo rechaza la forma organizativa y las pautas de comportamiento de los militares y, por supuesto, se opone a que los militares controlen el Estado y la sociedad. Pero el antimilitarismo como tal no supone la negación de que, en ocasiones, sea necesario el uso de la fuerza e incluso de una cierta violencia en las relaciones políticas o sociales: "puesto que el sistema militar general apoya y se apoya, sostiene y es sostenido por la desigualdad económica, la explotación laboral de los más por los menos, etc." (SAVATER, 1984:124).

Esta posición afecta a cualquier *estrategia antimilitarista* que debe enfrentarse al enquistamiento crónico de la injusticia social, de una parte, y al ejército y al militarismo, de otra, ya que forman parte de una misma realidad.

3. La educación para la paz, una propuesta alternativa opuesta al militarismo y su estrategia de instrucción

Frente a estas posiciones, lo que la práctica socioeducativa pone de relieve es que las personas, jóvenes o no, desean tomar parte en todos los momentos de los

procesos educativos en los que se les considera como destinatarios principales y protagonistas. Pero, como es bien conocido, la educación precisa del *entorno*, del *sistema social* para apoyarse recíprocamente en el intento de introducir los elementos precisos para que los individuos que conforman la comunidad, sea cual sea su extensión territorial y demográfica, puedan vivir y convivir con los valores *mínimos*, una “ética mínima”, como la denomina Adela CORTINA (1986), entre los cuales la paz es uno de los esenciales.

El modo como responden la sociedad, las personas ante la paz nos ayudará a una mayor comprensión del *ambiente* en favor de la paz y de la Educación para la Paz, conscientes de que la Cultura para la Paz es la que precisamos para la consolidación de la paz. De ahí el recorrido realizado por las propuestas transformadoras en sus plurales formas de expresión, y su *visión* o percepción de la violencia y el militarismo.

Con motivo del Año Internacional de la Juventud (1985), se afirmaba en el Informe del Comité Asesor (A/36/215. Anexo.):

“e)Es preciso educar a los jóvenes para la paz. *No deben escatimarse esfuerzos para formar a los jóvenes en ese espíritu a fin de promover la igualdad de derechos para todos los seres humanos y todas las naciones, el progreso económico y social, el desarme y el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales. También debe reconocerse y estimularse el potencial de la juventud para asegurar la paz. Los esfuerzos encaminados a lograr la paz entrañan la*

necesidad imperiosa de aprovechar las energías, el entusiasmo y la capacidad creadora de la juventud para las tareas de consolidación de la nación, la lucha por la libre determinación y la independencia y soberanía nacionales, y la no injerencia en los asuntos internos, de conformidad con la Carta de las Naciones Unidas, y en contra de la dominación y ocupación extranjeras, así como por el adelanto económico, social y cultural de los pueblos, la aplicación del nuevo orden económico internacional, la preservación de la paz mundial y la promoción del entendimiento y la cooperación internacionales” (A/36/215. Anexo.).

Este Informe sirve de base a muchos iniciativas de abordar el tema de la Educación y la Cultura para la Paz. De hecho, en él aparece como una constante la vinculación entre paz y juventud y la percepción de que las condiciones máspreciadas en esa necesaria unión vendrían de la mano de la comprensión y la cooperación internacionales y el respeto tanto de los derechos individuales como de las soberanías nacionales, basándose en el espíritu de humanismo, la cooperación y el entendimiento, y en la comprensión de los peligros de la violencia, la desigualdad y la injusticia. O dicho en positivo, las ventajas de la igualdad de derechos, el progreso, el desarme, la seguridad y la paz. Para lo cual será necesario incorporar cuantas actividades ayuden a conseguir todos estos objetivos, como las dirigidas a luchar contra el racismo y la xenofobia, la desigualdad y los intercambios realizados entre jóvenes de distintas procedencias y orígenes.

“a) (...) Es preciso reconocer plenamente que las guerras, la carrera de armamentos y otros obstáculos a la paz y la seguridad internacionales tienen evidentes efectos negativos para el proceso de desarrollo (...).

e) *Teniendo en cuenta que la educación para la paz, el entendimiento mutuo y la cooperación son importantes en la tarea de crear una actitud positiva hacia el desarme, es necesario que los jóvenes entiendan los peligros de todas las formas de violencia, de la desigualdad y de la injusticia, y es preciso alentarlos a que realicen esfuerzos positivos en la promoción de un mejor entendimiento de esta cuestión*” (A/36/215. Anexo).

En sintonía con este Informe, la Declaración de Barcelona recoge, en su Informe Final del Congreso Mundial sobre la Juventud de 1985 la necesidad de actuar en favor de “la paz, el desarme, la eliminación de todas las formas de discriminación, racismo y apartheid, y por el respeto efectivo de los derechos humanos y de las libertades fundamentales enunciados en la Declaración Universal de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, así como de los derechos de los pueblos, en particular la libre determinación. Para alcanzar dichos objetivos, la búsqueda del desarme exige la determinación de vivir juntos en paz en un clima de tolerancia, respeto mutuo y observancia de las normas del derecho internacional, ideales a los que los jóvenes desean contribuir activamente” (UNESCO, 1986:26).

A partir de este enfoque, serán los movimientos sociales directamente rela-

cionados con la Paz, junto con otros como aquellos que inciden en los Derechos Humanos, el Medio Ambiente y el Desarrollo, los que mayormente tienen comprometido su futuro con el desarrollo del establecimiento de la paz y la justicia entre los seres humanos.

Entre ellos, el pacifismo se ha mostrado como una perspectiva más global que la reacción ante el peligro de una conflagración mundial, se trata de una concepción de las relaciones humanas sin violencia y superadora de todo acto violento, ya sea bélico o doméstico. De ahí que, como hemos señalado, y como expresan AYUSTE, FLECHA, LOPEZ PALMA y LLERAS (1994:66), “educar en el pacifismo es desarrollar una cultura de la paz basada en actitudes de comprensión y entendimiento mutuo”. Para ello se requiere la consolidación de los movimientos, las organizaciones y las asociaciones que vayan propiciando un aumento cualitativo en el empeño de los ciudadanos y de los gobernantes a trabajar en favor de la paz en todas sus dimensiones. Quizá por ello SAVATER (1984), al tratar “las razones del antimilitarismo”, comienza por decir que lo primero que debe ser justificado es la elección del término mismo que va a razonarse por lo que propone distinguir el antimilitarismo del desarme, la no violencia o el pacifismo.

¿El preludeo de una nueva moral?

Se viene comentando insistentemente la existencia de un nuevo código moral de la juventud proclive a la emergencia de intensos sentimientos pacifistas (ARRIBAS y GONZALEZ, 1987). El alto porcentaje de aceptación de la opción de negarse a hacer la mili incita a dichos autores a considerar este aspecto como

“uno de los pivotes de la posición ideológica de la juventud y del reciente movimiento pacifista y antimilitarista” (309-310).

Para confirmarlo, se hace preciso tratar, en primer lugar, la concepción que de la paz tiene la juventud; de hecho, uno de los elementos que más llama la atención a los jóvenes parece ser todos aquellos aspectos de la vida socio-política que tienen como referente a la paz; aun cuando ésta suponga, por el momento, un planteamiento de futuro. Para ciertos autores, incluso, esta percepción juvenil supone una precondition para el establecimiento de nuevos marcos de relación internacionales. Se nos dice así, por ejemplo, que,

“La construcción de una Europa unida, democrática y pacífica, respetuosa solidariamente de todos los pueblos y naciones que la componen, es una tarea que requiere todavía (y quizá en algún aspecto más que nunca) una batalla ideológica y moral en favor de los valores de la no violencia, de la cultura y la educación por la paz, contra tendencias de agresividad, discriminación, exclusión e imposición que durante milenios han conformado la cultura de la guerra. Si esa cultura de la paz logra instalarse prevalecientemente en los comportamientos humanos, individuales y colectivos, estamos ante un salto civilizatorio esencial. Esa es otra gran tarea del movimiento por la paz en esta nueva situación” (PALAU y PEÑAGARIKANO, 1990:23-24).

Una tarea que, desde nuestro punto de vista, ha de implicar a toda la sociedad en general porque afecta directamente al

conjunto social y porque es responsabilidad de todos consolidar una cultura y una educación para la paz que no se agote en sectores demográficos; en realidad, creemos que la Educación para la Paz sólo tiene sentido si se orienta al conjunto de la sociedad (GARCIA MARTINEZ, 1990).

De acuerdo con la revisión efectuada de las investigaciones realizadas sobre este tema, parece evidente que entre la juventud *la paz es un valor* que destaca por encima de otros muchos, también esenciales, para la convivencia pacífica, justa y en libertad de los humanos. Más recientemente, incluso, se ha llegado a estudiar la paz y otros valores con la pretensión de comprobar su efecto entre los jóvenes en tanto que elementos como *impulsores* o como *“causas que justifican realizar sacrificios y riesgos para defenderlas”*, esto es, como imperativos morales de la acción social y/o institucional. Así, la paz aparece como *la causa* que mayor número jóvenes considera como “motor” de su movilización, lo que supone que es valorada por éstos incluso más que la libertad individual y los derechos humanos (un 23%), y más que la igualdad de sexos, la solidaridad con el tercer mundo o la defensa de la naturaleza (MARTIN SERRANO, 1991). En el caso de los *jóvenes europeos*, al preguntárseles por las grandes causas por las que vale la pena arriesgarse y aceptar *sacrificios*, la paz aparece por encima de todas las demás, seguida de los derechos humanos, la libertad del individuo, la protección de la naturaleza y la lucha contra la miseria (MARTINEZ SOLIMAN, 1989). Lo que ha sido enfatizado por el MINISTERIO DE ASUNTOS SOCIALES, al sostener que “la paz y los derechos humanos son las

dos principales causas por las que la juventud europea está dispuesta a hacer sacrificios" (1990:17).

Al hilo de este posicionamiento de la juventud frente a los temas de mayor interés, el *juicio que los jóvenes tienen sobre el pacifismo y los movimientos pacifistas* nos ayudaría a completar lo hasta ahora planteado: en general, *el pacifismo actual* se ha venido describiendo desde una serie de líneas tales como impulsar los movimientos de los objetores de conciencia, apoyar los movimientos políticos de emancipación nacional y étnica y fortalecer los organismos y la legislación internacional que representen alternativas de diálogo para la resolución de conflictos (GONZALEZ BLASCO, 1989).

El pacifismo ha sido uno de los movimientos sociales que ha hecho historia y que más se ha pervivido en tanto que movimiento social. El antimilitarismo de los jóvenes, la objeción de conciencia o la desobediencia civil que se manifiesta como insumisión, son signos de que el pacifismo no es un sentimiento ajeno a los jóvenes. Aunque, al mismo tiempo, el fascismo encuentre un caldo de cultivo apropiado entre ellos. Las implicaciones axiológicas son pues evidentes y ello hace que la educación para la paz sea "una urgencia que no puede ser abandonada. Para ello, hay que situar la paz en el contexto en que queremos defenderla, precisar bien su significado" (CAMPS, 1993:124-125). Lo que nos conduce directamente a la consideración de los elementos ideológicos en los que tienen cabida determinada tipología de valores morales y éticos.

El compromiso por la paz y participación real en iniciativas por la paz

redimensiona la Cultura para la Paz, puesto que si el análisis de las diferentes ideas existentes acerca de la paz ha puesto de relieve la polivalencia de los significados de este concepto al definir la Cultura de Paz, también contribuye a configurar la existencia de una conciencia de las *iniciativas socioeducativas emprendidas para construir un mundo en paz*.

El esbozo de la Cultura de la Paz.

Nos resulta especialmente importante para aproximarnos a la cultura para la paz en la juventud los "diferentes tipos de pacifismo que caracterizan un conjunto de actitudes y de comportamientos juveniles que MION (1986) ha conseguido reagrupar en torno a 8 categorías de actuación:

1. comportamiento de base no-violento,
2. militancia pacifista,
3. pacifismo eclesial,
4. realismo desencantado,
5. factor de socialización escolar,
6. factor de socialización religiosa,
7. pacifismo integral y
8. pacifismo individualista-privatizado.

Una tipología que se corresponde con los ocho retratos-robots, esto es, los ocho perfiles distintos de jóvenes, que formula el mismo autor:

1. El joven-indefinido.
2. El pacifista nómada.
3. El pacifista cristiano comprometido.
4. El pacifista laico.
5. El militante en la escuela.
6. El católico de izquierdas.
7. El joven -todo estudio- y -compromiso profesional.
8. El joven narcisista blindado.

Lo que pone de manifiesto la complejidad de los factores y matizaciones que conducen a una determinada aprecia-

ción de la paz para muchas personas jóvenes, que se traduce más en una amalgama reconstruida que en un movimiento único.

Pero esa misma diversidad incide en otro aspecto significativo cual es que la paz conserva importantes potencialidades educativas, por lo menos en dos direcciones: en la formación de un proyecto de 'hombre de paz' y en la consideración de ser una realidad social de hecho, que en parte lo condiciona. Estamos asistiendo, pues, a una "explosión" de modelos y actuaciones, en las que reconocemos la diversidad de orientaciones y paradigmas, y en las que debemos ubicar nuestra reflexión porque ellas hacen realidad esos postulados heredados y presentes, en los más diferentes medios, y en las condiciones más contradictorias.

Profundizar ese proceso implica que la educación no puede quedar al margen de los grandes desafíos de la humanidad. En esta perspectiva, una educación que incorpora el tema de la paz deberá partir de procesos de desarrollo de la autonomía de los educandos que redunde en la toma crítica y colectiva de las decisiones que como ciudadanos les competen directamente. "Esa orientación emancipadora de la educación podemos considerarla como una condición inexcusable para que la *educación para la paz* se produzca con un enfoque no condicionante, inserto en una *cultura* de paz integradora de valores y actitudes cívicos-sociales acordes con una sociedad justa" (GARCIA MARTINEZ, 1990:2-3). Como consecuencia de lo cual, la Educación para la Paz debe pretender la formación de un contenido ideológico, una escala de valores y una actuación social que permitan establecer un consenso social en el que

toda violencia, y por supuesto la guerra y su preparación, sean consideradas indeseables, tanto ética como social y políticamente (FISAS ARMENGOL, 1987). La educación, como subsistema integrado en el sistema social, está inmersa en los presupuestos ideológicos que participan en ella, por lo que su vinculación la hace cómplice de las dinámicas sociales propiciadoras de violencias y guerras. Asumir la tarea contraria supone convertirse en una actuación que va contracorriente, y se transforma, por tanto en subversiva e inconformista para los presupuestos que dificultan, o van contra el establecimiento, de relaciones sociales acordes con una perspectiva de paz.

Como consecuencia de considerar tanto la educación como los dos fenómenos enfrentados (paz y violencia), como productos culturales y, por tanto, la pertinencia de unir los esfuerzos de la investigación, la educación y la acción, encaminados a propiciar la paz, es preciso defender una propuesta que aborde la Educación para la Paz como proceso liberador, reflexivo y autodeterminador. En suma, que se configure como una auténtica alternativa cultural en su más amplia dimensión. Lo que representa una *apuesta radical por el ser humano* (ASKASIBAR, 1994). En esa línea, la construcción de una sociedad caracterizada por sus condiciones de democrática y pacífica, respetuosa solidariamente, es una tarea que requiere todavía una batalla ideológica y moral en favor de los valores de la no violencia, de la cultura y la educación por la paz, contra tendencias de agresividad, discriminación, exclusión e imposición que durante milenios han conformado la *cultura de la guerra*.

Por tanto, nos encontramos ante una confrontación entre cultura de violencia y guerra y cultura de paz encuadrada en la lucha ideológica actual. Para GIRARDI (1983), desde una postura centrada en el militarismo, “si se quiere ir a las raíces del problema de la guerra y del militarismo hay que desarrollar dos líneas de reflexión: la primera, orientada a identificar sus raíces *estructurales*, y la segunda, a descubrir sus raíces *culturales*” (GIRARDI, 1983:139). Raíces que son, también, a nuestro entender, estructurales, estableciendo una vinculación entre las dos raíces de la guerra: la violencia objetiva, estructural, como ley del mundo y la violencia subjetiva, constitutiva de la conciencia y del inconsciente, como hecho cultural de fondo, como modelo de hombre. De ahí que deba pensarse que la desmilitarización del hombre requiere una reeducación de la humanidad. Ya que es obvio que una verdadera Cultura de la Paz sugiere y precisa de una verdadera cultura de la justicia, por lo que “no puede en modo alguno desligarse, pues, la tarea y la lucha por la paz de la tarea y la lucha por la justicia, la cultura de la paz y la cultura de la justicia” (GOMIS: 1983:84). De este modo, lo que queda a cada uno de nosotros es la tarea en favor de la cultura de la paz, de la cultura de la justicia, de la cultura del mundialismo.

Ya que, retomando la afortunada expresión de SADABA (1986), habremos de concluir que hablar de educación y de paz es hablar de cultura.

Bibliografía

- AJANGIZ, R., MANZANOS, C. y PASCUAL, J. (1991): *Objetores, Insumisos. La juventud vasca ante la mili y el ejército*. Vitoria: Servicio Cen-

tral de Publicaciones del Gobierno Vasco.

- ALVIRA MARTINEZ, F. (1987): “Funcionalidad/disfuncionalidad del Servicio Militar en la España actual”, en *Revista de estudios de Juventud*, nº 27, Septiembre.
- ARRIBAS MACHO, J.M. y GONZALEZ RODRIGUEZ, J.J. (1987): *La juventud de los ochenta. Estudio sociológico de la juventud de Castilla y León*. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- ASKASIBAR, X. (1994): “Una apuesta radical por el ser humano”, en AGUIRRE, R. ETXEBERRIA, X., GOMEZ CAFFARENA, J. y MARTINEZ CORTES, J.: “Radicalidad y tolerancia”. *Pastoral Misionera*, nº 192, Enero-Febrero. Madrid: Popular.
- AYUSTE, A, FLECHA, R., LOPEZ PALMA, F. y LLERAS, J. (1994): *Planteamientos de la pedagogía crítica. Comunicar y transformar*. Barcelona: Grao.
- BELTRAN VILLALBA, M. y Otros (1984): *Informe sociológico sobre la Juventud Española 1960/82*. Madrid: Ediciones S.M.
- CAMPS, V. (1993): *Los valores de la educación*. Madrid: Alauda.
- CARNES I AYATS, J.W. (1987): “Perspectivas de los jóvenes ante el servicio militar”, en *Revista de estudios de Juventud*, nº 27, Septiembre.
- CASELLES PEREZ, J.F. (1988): “Educar para la paz como mecanismo de análisis y trabajo dirigido a superar las diferencias humanas e internacionales”, en *Anales de Pedagogía*, nº 6.
- CORTINA, A. (1986): *Ética mínima*. Madrid: Tecnos.
- ECOCONSULTING (1991): *Actitudes Políticas de la Juventud en España*. Madrid: Instituto de la Juventud.
- EINSTEIN, A. (1986): *La lucha contra la guerra*. Madrid: La Piqueta.
- FERNANDEZ DEL VADO, S. (1990): “Imagen de los militares ante la sociedad

- española”, en *Revista española de defensa*, nº, Septiembre.
- FISAS ARMENGOL, V. (1982): *Crisis del militarismo y militarización de la crisis*. Barcelona: Fontamara.
- FISAS ARMENGOL, V. (1987): *Introducción al estudio de la paz y de los conflictos*. Barcelona: Lerna.
- FISAS ARMENGOL, V. (1990): “La Universidad y la Investigación sobre la Paz”, en *Revista de Pedagogía Social*, nº 5, Febrero.
- GARCIA MARTINEZ, J.A. (1990): “Un objetivo pedagógico: Educar para la Paz”, en *Revista de Pedagogía Social*, nº 5, Febrero.
- GIRARDI, G. (1983): “Los cristianos y la paz. El proyecto de paz en la lucha ideológica de Jesús y en la Iglesia”, en *Misión Abierta*, nº 4-5, Diciembre.
- GOMIS, J. (1983): “Cultura de la Paz”, en *Misión Abierta*, nº 4-5, Diciembre.
- GONZALEZ BLASCO, P. (1989): “Sensibilidades sociales”, en GONZALEZ BLASCO, P. y Otros: *Jóvenes españoles 89*. Madrid: Fundación Santa María y Ediciones S.M.
- GRASA, R. (1990): “Educación para la Paz: ¿Divulgación de los resultados de la Investigación para la Paz?”, en *Revista de Pedagogía Social*, nº 5, Febrero.
- JARES, X. (1992): *Educación para la Paz. Transversales*. Madrid: MEC.
- JAUREGUI LOBERA, I., CANDELA TOHA, A. y SANTOS SAINZ, J.F. (1987): “Valoración del riesgo de iniciación a las drogo-dependencias en el seno de las Fuerzas Armadas”, en *Revista de estudios de Juventud*, nº 27, Septiembre, 1987.
- JUNTA DE ANDALUCIA (1988): *Los jóvenes andaluces. Una actitud realista ante la vida*. Córdoba: Consejería de Cultura.
- LAGUNA SANQUIRICO, F. (1987): “Juventud y Servicio Militar”, en *Revista de estudios de Juventud*, nº 27, Septiembre.
- MARTIN SERRANO, M. (1993): “Juventud y Servicio Militar”, en *Revista de estudios de Juventud*, nº 27, Septiembre.
- MARTINEZ SOLIMAN, M. (1989): “Europa Joven”, en *Revista de estudios de Juventud*, nº 34, Junio.
- MINISTERIO DE ASUNTOS SOCIALES (1990): *El reto de la Europa del 93 para los jóvenes*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.
- MION, R. (1986): “Los jóvenes y el valor de la paz”, en *Revista de estudios de Juventud*, nº 24, Diciembre.
- MORALES RODRIGUEZ, E. (1990): “Algunos aspectos de salud mental en las FAS”, en BERNAL SANTOS, J. (Coord.): *Area 11: Psicología en las Fuerzas Armadas. II Congreso del Colegio Oficial de Psicólogos*. Madrid: Colegio Oficial de Psicólogos.
- PALAU, J. y PEÑAGARIKANO, R. (1990): “Presentación”, en PALAU, J. (Coord.): *Europa en Paz. VIII Convención europea por el desarme nuclear*. Madrid: Técno.
- PEDRAJA LINARES, M.J. y CASELLES PEREZ, J.F. (1990): “Mujer nueva, hombre nuevo. Liberación de la mujer y Educación para la Paz”, en *Revista de Pedagogía Social*, nº 5, Febrero.
- PEREDA, A. (1984): *La tropa atropellada. El servicio militar hoy*. Madrid: Revolución.
- RADWAY, L.I (1980): “Militarismo”, en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias sociales*. Aguilar.
- RIUS SANT, X. (1992): “El debate que sigue”, en *Entrejóvenes*, nº 29-30, Diciembre.
- RODOTA, S. (1993): “Objetion de conscience au service militaire”, en *Liberté de conscience*. Pays-Bas, Strasbourg: Conseil de l'Europe.
- SADABA, J. (1986): “Cultura, educación y paz”, en *Revista de estudios de Juventud*, nº 24, Diciembre.

- SAVATER, F. (1984): "Las razones del anti-militarismo", en *VVAA: Juventud y sociedad en la España actual*. Madrid: Dirección General de Juventud.
- UNESCO (1986): *Informe final*. Congreso Mundial sobre la Juventud (Barcelona, España, 8-15 de julio de 1985). París: SHS/MD/36, Enero.
- VENDITTI, R. (1990): "Prólogo", en MILLAN GARRIDO, A.: *La objeción de conciencia al servicio militar y la prestación social sustitutoria. Su régimen en el derecho positivo español*. Madrid: Técnos.
- VIÑUALES, V. (1988): "Grupo de Trabajo: B.- Cabos sueltos para alentar un debate. Servicio Militar", en *Jornadas de juventud y municipio. Encuentros de Concejales y Técnicos de Juventud*. Vitoria: Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco.